

La Gran Estación



14

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL DE ARTE E IDEAS

NUESTRO PROGRAMA ES NUESTRA OBRA

Fundador:
ALBERTO LASPLACES

Directores:
A. y G. GUILLOT MUÑOZ

Director artístico:
MELCHOR MENDEZ MAGARIÑOS

Administrador:
J. L. MORENZA

Secretario de Redacción
JUAN CARLOS WELKER

SUMARIO

A MODO DE ACLARACION	G. GUILLOT MUÑOZ
EL CIEGO — POEMA	JULIO J. CASAL
COSAS DE LA VIDA	FRANCISCO ESPÍNOLA
LA MATERIA Y EL ESPIRITU EN EL ARTE	E. A. BOURDELLE
CANTO A UNA ALONDRA — POEMA	PERCI BISHE SHELLEY (TRAD. POR EDUARDO DIESTE)
LA ARQUITECTURA Y LA FORMACION DE UNA CULTURA PROPIA	R. LERENA ACEVEDO
EL CIRCO CRIOLLO — POEMA	PEDRO L. IPUCHE
UNA EXTRAORDINARIA EXPOSICION DE ESCULTURA	A. PERCIVALLE GENTA
MUNDO — POEMA	I. PEREDA VALDES
«JUBILO Y MIEDO»	J. L. MORENZA
EL HABITUÉ — POEMA	JULIO SILVA
«LEJOS»	CARLOS BENVENUTO
JUSTINO ZAVALA MUNIZ Y LA FUERZA ACTUANTE DE TESEO	A. GUILLOT MUÑOZ

BIBLIOGRAFICAS—MOVIMIENTO INTELECTUAL
NOTAS Y COMENTARIOS

SECTION FRANÇAISE

GOUFFRE DE ROMAN	POEMA	JULES SUPERVIELLE
L'ECHANGE		CH. FOURNIER

GRABADOS

CARATULA . — XILOGRAFIA	M. MENDEZ MAGARIÑOS
ALEGORIA . — "	" " "
BOURDELLE . — "	" " "
EL OMBÚ	" " "

Año II



N.º 14

MONTEVIDEO, OCTUBRE DE 1926

COSAS DE LA VIDA

DEL LIBRO PRÓXIMO a aparecer "RAZA CIEGA"

Cayó la noche y el cielo siguió encapotado, amenazando lluvia. Soplaban un vientito que empujaba cuanto cosa hallaba en su camino, como pidiendo cancha. ¡Y a qué! Lo que hacía era juntar hojas, lanitas, basura, para amontonarlas arremolinándolas, alzarlas dándole vuelta hasta muy alto y desde allí dejarlas caer en todas direcciones.... Y pararas rodeo otra vez, más adelante, y volverlas a alzar.... Parecía que estaba haciendo tiempo; esperando algo.

—Si carbea el viento vamo a tener agua,— dijo un jinete al que llevaba trotando a su costado.

—Me palpita qui aunque no cambee,— respondió el otro haciendo saltar chispas a su yesquero para encender el cigarro.

—No, no pités, Juan,— volvió a hablar el primero. Y tornando la cabeza, agregó a otro jinete que los seguía como a dos cuerpos:

—Che, tirá vos tamién. Y'estamo cerca.

—Déjati amolar!...

—¡Tire canejón!, — gritó el otro con voz dura, ya queriendo dar vuelta su caballo.

—Ta bien, José María!, — exclamó el aludido arrojando el pucho y acercándose. Tamién vos,— agregó después,— te calentás por....

—Es que y'estamo cerca, viejo, y una macana d'éstas nos puede costar cara,— respondió ya sereno José María.

—Sí, pero tamién vos....

—Güeno, ¿y qué? Aura querés peliar? — preguntó aquel riéndose.

El ofendido también se rió y después dijo:

—¡Pucha, vos sos loco!

Envueltos en la obscuridad, siguieron trotando.

El nombrado José María era un hombre joven, más bien alto que bajo, de cara huesosa y labios finos donde se agarraba agatas un bigotito de coya. El otro, tirando a indio, era largo y flaco, y sus pies, aún estribando alto en el caballito criollo, no andaban lejos del suelo. Y el que iba detrás, viejo como de sesenta años ya, cruzada la cara por un barbijo que le debió rayar las muelas, era delgado y chiquito....

—Güeno, vamo a dentrar po'aquí,— exclamó José María deteniendo su caballo frente a una tranquera que abrió sin desmontar.

Pasaron, dejándole abierta, y en vez de seguir por el camino que de allí salía hasta unas poblaciones de las que los relámpagos empezaban a dejar ver el buito, torcieron derecho a unos ombúes, donde se apearon. Atando los caballos, esperaron con los ojos fijos en las casas. Reinaba profunda tranquilidad. Como el viento había calmado, hasta las hojas estaban quietas....

Largo era el rato que esperaban ya, cuando una sombra se separó de la gran sombra de la estancia derecho a los ombúes. Era un hombre que se acercaba cojeando y que al llegar dijo tan sólo:

—Güenas; ¿vámos?

—¿Cuántos hay?

—Tan los dos, nomás. El patrón y los otros dos piones era verdá que si habían ido con la tropa.

—¿Y los perros?

—Apilacs. No ladró ninguno.

—Ta bien.... Güeno, vamo.

Y salieron los tres siguiendo al Rengo que, despacio, iba dando explicaciones.

Entraron por un galpón. Al llegar frente al cuarto de los peones ya estaba todo dispuesto en buena forma. José María y el Rengo cargarían al más fuerte; Juan al otro que era casi un guri. José María abrió un poco la puerta y puso el oído para orientarse. Después retiró la cabeza y, sin hablar, bizo señas. El muchacho dormía contra la pared; el otro en el medio del cuarto. El Rengo, que había desaparecido, volvió de la cocina con una candileja que entregó al viejo. Como de otro lado no había peligro la encendieron nomás, y, un instante después, todos entraron en el cuarto iluminado por la luz que el Viejo llevaba en la mano alzada.

En ese momento un trueno bárbaro estremeció la tierra.

II

Amelia no podía dormir. Nunca se había quedado sola desde el tiempo en que se casó, ya casi un año. Siempre que su marido salía de viaje, alguna de sus hermanas venía a acompañarla; cuando no Eulogio, su hermano, o su mismo tata. Pero como estaban tan atareados con la faena de cerdos, había pensado que lo mejor era ir ella a la casa de su padre hasta que volviese su marido cuya ausencia no sería menor de quince días. Los Echebarne, que estaban en el pueblo y que al otro día regresaban, le mandarían el coche para irse en la misma tarde, ya que a caballo le era imposible porque la pobre andaba muy pesada.

Ahora se arrepentía de no haber mandado buscar aunque fuera a una de las Banegas para acompañarla esa noche que iba a pasar solita. La pobre por no incomodar.... Y como los dos peones que quedaban eran de tanta confianza.... Pero hubiera sido mejor! Se sentía bastante fatigada; el golpazo que se llevó al entrar al dormitorio le había hecho daño y tenía mal el cuerpo. Y, además, el cuarto le parecía tan extraño lo que se hallaba sola; la cama le parecía tan inmensa al moverse y no tocar el cuerpo de su amorcito!... Tuvo ganas de encender luz y, aunque más no fuera, ponerse a terminar los escarpincitos blancos, a los que ya les faltaba poco; pero este deseo se fué apagando al traer la idea del niño que ya estaba tan cerquita y la de su marido tan bueno, que trabajaba tanto para que no les faltase nada a ella y al hijo que ella le iba a dar....

—Dónde iré ya, con este frío! — pensaba. — Al raso, rondando el ganado y el caprichoso no quiso ponerse camiseta de lana! ¡Qué hombre, Dios mío!

Un trueno horrible pareció agarrar toda la casa y sacudirla. La aldaba de la ventana, demasiado floja, se bajó con el movimiento y aquella fué empujada con fuerza contra la pared. Unas gotas salpicaron de frío la cara de Amelia. Temblando, la pobre cerró la ventana como pudo. Después

se sentó en la cama con el corazón que se le salía por la boca.....

Y en eso sintió un grito de angustia, un grito como el de quien se siente perdido y, no teniendo en qué agarrarse, se prende todavía así, a la vida.

Toda su carne se estremeció. Inconscientemente corrió a la puerta que daba al patio y apoyando en ella sus espaldas, se puso a gemir despacito y temblando.

—Santa María! Santa María! Santa María!

De ahí no pasaba; pero ella no se daba cuenta. Sus ojos dilatados por el miedo veían a la santa y en su imaginación mirábase a sus pies, besándoselos e implorándole auxilio.

A qué más?

Santa María!, — resonaba agatas, tembloroso, en la obscuridad del cuarto. Santa María! — se mezclaba con el zumbido del viento que ahora sí soplabá fuerte. Santa María! — subía cada vez más alto y desgarrante en medio del chicotear del agua caída a baldes.....

Un espanto nuevo le saltó al alma como ya-guareté.

—¡Santa María queridita! — rugió enloquecida.

Ya no era sólo el miedo. Un dolor hondo, terrible, le empezó a arañar el vientre como tirándole hacia abajo las entrañas.

Se calló un poco, fatigada. La boca no le daba abasto para respirar. Se ahogaba y una.....

Y soltó un grito áspero, de esos que son más grandes que uno, cuando oyó:

—Aquí es—cuchicheado por alguien, afuera.

Un cuerpo se echó a plomo sobre la puerta. Las maderas crujieron pero aguantaron.

—¡Vámoó!

Ya no fué un cuerpo, fueron varios los que, empujando, hicieron temblar hasta la pared. Y la aldaba, con clavo y todo, saltó.

—Alce la luz, viejo.

—Caída? Está desmayada?

—Si; a ver, dame el candil.

En el silencio, dos o tres cuchillos ganaron las vainas y José María se inclinó sobre Amelia, tirada de espaldas en el suelo. En camisa, se veían sus piernas hasta la rodilla y parte del pecho de abultados senos.

—¡Preñadaza! — dijo, y se puso a mirarla deade lejos.

—A ver? A ver?

Todos quisieron observarla bien.

Afuera el cielo parecía enloquecido. Viboras de fuego mordían el nuberrío como para abrirse cancha huyendo a los truenos que las traían cerquita.

En el grupo de los tres agachados que miraban se estiró un brazo sucio de sangre, el del Rengo, para levantar con insolencia la camisa de la caída. Pero el brazo nervudo de José María, también manchado de sangre, llegó primero a la cabeza del bárbaro que cayó patas arriba.

—Chancho! Hijo'e mil, — gritó el castigador tirándosele encima.

Los otros dos lo sujetaron y después, mientras los demás en el rincón donde se había podido parar el Rengo se quedaban, él siguió con los ojos fijos en el bulto misterioso donde esperaba una vida. Se había quedado mudo, sin pensar en nada concreto, llena la mente de ideas confusas, pendiente de aquel vientre hinchado que estremecían los suspiros. Estaba como en un sueño; un sueño

raro, un sueño que no tenía más imágenes que sonidos, palabras cortadas.....

Un gemido se escapó entre los labios crispados de la mujer.

—¡ Güeno! Hay que volverle el sentido! — dijo el Viejo. — Esto no puede continuar ansina! Vamo a ponerle aunque sea un trapo con agua.

—Sí, sí; un trapo con agua....., — aprobó sin moverse José María.

Un relámpago iluminó vivarornte y enseguida estalló el trueno.

El Viejo agarró una toalla del lavatorio y la metió en la palangana. Al torcerla se miró instintivamente al espejo, y, notando algo, se volvió a mirar pegándose casi al vidrio.

—Pucha qui había tenido uñas largas, el finao!, — exclamó viendo que de dos hondos rasguños manaba sangre. Y se inclinó sobre Amelia.

Se le ocurrió entonces una idea, y, haciendo como que ya la tenía pensada, se paró con la toalla en la mano diciendo:

—A ver; ponganlán en la cama, pues! ¿ No ven qui hay que ponerla en la cama?

José María, pasándole un brazo por la espalda y el otro por las piernas, alzó a Amelia que lanzó un gemido.

Un líquido viscoso le mojaba los muslos.

—A ver; traigan p'aquí la palangana, — volvió a doctorear el Viejo. — La toalla tiene qu' estar siempre bien fresquita pa qui haga efeto. Aura v'a ver cómo se mejora.... ¿ No vé?... ¿ No ve, amiga?...

Los otros tres hombres, arrimados también al lecho, buscaban en el rostro de la desgraciada señales de mejoría.

Ella empezó a gemir. Sus manos se abrieron sobre el vientre como si desde la sombra de su desmayo quisiera proteger a su hijo.....

—Vayanseéں ustedes a dar una güclta, no siá cosa que nos sospriendan, — ordenó José María saliendo de su ensimismamiento.

Apurándose por la lluvia, obedecieron. En el medio del patio ya, los alcanzó para agregarles:

—Vean como están los caballos y vos, Rengo, llevá el tuyo.

Parecía que tenía hambre la obscuridad. Luz que cayera se la tragaba. Y el trueno que venía atrás rezongaba en vano y rodaba por el cielo, buscándola.....

Volvió a entrar en el cuarto que se llenaba de gemidos.

—¡ Ansina no, viejo; ansina no!, — dijo al ver que de la cara de Amelia chorreaba agua hasta los hombros empapando la almohada.

—¡ Me vas a decir vos a mí; Ladiate y dejame hacer,....

—No, dejelá! ¡ No ve que ya le viene la mente!

Era verdad. Con ojos extraviados; con mirada que se quedaba al ladito de ella, nomás, Amelia miraba aquellos dos desconocidos. Ya de lo sucedido no se acordaba. Ni el grito de agonía, ni el « Aquí es » condenador, ni el empujón de la puerta le llamaban a la memoria. Sólo se daba cuenta de que en el cuarto estaban dos seres extraños, entrados quién sabe cómo, y de esto no pasaba porque ya sentía adentro desgajársele el hijo.

Como empujados por una mano fuerte, los dos hombres retrocedieron.

La luz floja del candil puesto en el lavatorio, temblaba mirándose en el espejo y de ahí retro-

cedía y caía sobre la cama ofreciendo a la madre su poquito de calor. Esta, abiertas las piernas, haciendo fuerza, se arrollaba toda de repente, apretando los ojos acobardada por el dolor, y volvía a abrirse guapeando y estrujando las sábanas entre sus dedos duros como garras. Unas veces se alzaba quedando sólo sostenida por los codos y los pies; otras dejábase caer desfallecida hasta que un nuevo dolor la levantaba en peso.

Pasaba el tiempo. Los relámpagos y los truenos se empujaban unos con otros. Desde el rincón que sólo iluminaba la luz del cielo, los dos hombres parecían tener pegados los ojos, de tan fijos. En la memoria de José María cruzaban viejos recuerdos cortados a cada momento por los quejidos que lo volvían a la realidad.

—Mama.... Yo no conocí a mama, — pensaba sin darse cuenta de que era la primera vez que se le ocurría. — Mama me dejó guacho en l'estancia, — volvía a decir como disculpándose con alguien....

Dióse vuelta al oír un susurro y vió al Viejo con los ojos clavados en el techo, rezando.

Las ropas de la cama chupaban sangre, ya. Los gemidos y los esfuerzos redoblaron. El sudor se mezclaba con las lágrimas en la cara crispada de la mujer. Una palidez que tenía algo del amarillo de la luna, la cubría.

En una, como pudo, Amelia empezó a agarrar a su hijo y a ayudarse un poco, así....

Al rato, cortando el rezo, el Viejo salió corriendo de su rincón.

—¡ Si ha desmayao!

—Sí! Mirá.... ¡ Mujer!

Presa de una alegría y una ternura inmensas, el viejo, con la voz más dulce que pudo y acercándose miedoso de tocar el cuerpecito, exclamó:

—Una moza más p'al pago. Señorita, ¿ cómo le va? ¿ Eh? ¿ Qui anda haciendo?

A los ruidos del cielo se empezaron a mezclar unos débiles vagidos.

—M'hija; m'hijita! No tenga miedo!, seguía el Viejo con la mano irresoluta cerca de la carita ensangretada. — No tenga miedo. No ve que nosotros la queremos mucho y semos muy güe....

Iba a decir muy « güenos », pero se detuvo de golpe. Y como si una mano helada puesta en su frente le levantara la cabeza, se incorporó.

—Maulota! Maulota! — dijo por decir algo, completamente abstraído.

—Güeno, vamo, — se oyó la voz de José María que había recobrado de nuevo su dominio.

—Pero y a esta alma'e Dios la dejamos ansina?

—¡ Vamo! — — tronó otra vez la voz, ya desde la puerta.

El Viejo, agachando la cabeza, lo siguió.

Atravesaron el patio, chapaleando.

—No ve qui aura avisamo algún vecino? — enteró José María suavemente.

—Ah; Es claro! Yo también pensaba eso, — exclamó el otro, que no había pensado nada; — porque si no viniera naides.... vos ves que....

—¡ Claro!

Llegados a los ombúes, hallaron a sus compañeros que los esperaban con los caballos prontos.

—Vos, Rengo, qu'estás mejor montao qu'estos y no te conocen, — dijo al montar José María, — cuando lléguemos al bajo'e lo Banegas te cortás y les decís que si puede dir alguna porqu'ella está por salir de cuidao.

Al llegar al lugar indicado, José María recomendó:

—Metele talón cosa'e qu'el día no nos agarre ajuera el monte.

Alto ya el triste día sin sol, en lo más profundo del Arazatí mateaban los foragidos. Se reían; hacían bromas pesadas con las cosas que vieron esa noche; se chichoneaban fuerte....

Pero en el fondo ninguno estaba contento. Y nadie se acordó de la plata que fueron a buscar a la casa de la parida.

FRANCISCO ESPÍNOLA.

LA MATERIA Y EL ESPIRITU EN EL ARTE

E L A G U I L A

I

Antes de abordar el análisis de los componentes de la obra de arte, y a fin de penetrar la ley de toda obra creada, me parece útil estudiar el destino y la calidad de alma de los creadores.

Esfórcemonos por leer en el corazón de esos hombres misteriosos que son los creadores-constructores de monumentos célebres en arquitectura y escultura.

Los monumentos, esos grandes himnos sin voz, cuyo verbo incesante, compuesto de piedra, forma el libro universal donde todos los pueblos pueden leer.

El arte ha velado su ley de números y nosotros hemos perdido la piedra bajo la carne dando al arte su materia espiritual.

II

La imagen, que va a servirme de ayuda para

penetrar el alma de los creadores, se mantiene en el umbral de mi vida.

El ejemplo que ella ha dado y que seguirá dando es rudo y glorioso, pero su grandeza está toda en la naturaleza, la cual es el apoyo constante del arte; ella nunca nos aleja del tema presentado.

Todo ser capaz de sentir la fuerza del espíritu reconocerá su propia ley en el símbolo que yo aporto; todo espíritu justo se asegurará de que yo no reniego de la escuadra y el compás ni del cincel; pero verá que, por el contrario, los tiendo hacia el cielo, tratando de alumbrar la ruta que baja sobre la tierra, para llevarlos al trabajo y realizarlo con sentido eterno.

La imagen que tomo de ejemplo es muy halagadora para el pensador, para el artista, puesto que la igualo en el corazón al rey alado que busca en el cielo.

EMILIO ANTONIO BOURDELLE.